

LA ARQUITECTURA MONUMENTAL

Por José María Sostres, Arquitecto



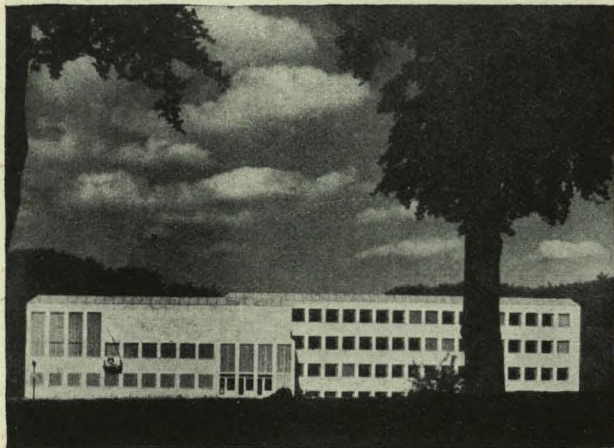
1. Edificio del tiempo de las pelucas empolvadas y del rapé, recientemente construido en el país de los «brise-soleils». Embajada inglesa en Río.

La polémica en torno al monumentalismo constituyó materia básica en los primeros tiempos de la definición racionalista. Esta actitud estaba en el ánimo, en la mentalidad y en la propia consecuencia histórica del movimiento moderno. Se encontraba en la liberación de la casa-monumento, amortizable en varios siglos, o en la crítica a fondo de la retórica ochocentista, en la composición artística o en la oposición al remanente lastre arqueológico, en pugna constante con la corriente viva. En términos esenciales, las tesis oponían el respeto por las obras del pasado a un monumental falso y decorativo.

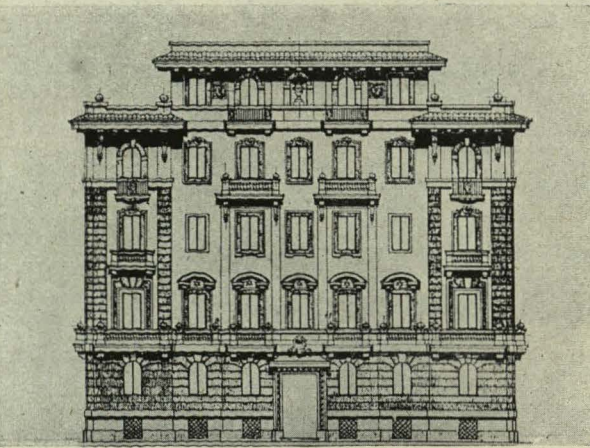
Pero el problema no solamente era conceptual, sino que provenía de la índole misma de la arquitectura moderna. La aparición de nuevos temas, derivados del progreso industrial, tanto en el transporte como en la

producción, materializada en un sinfín de edificios referidos a las nuevas necesidades. Los grandes bazares, los hangares para almacenar ingentes volúmenes de productos, las cubiertas de grandes luces para cobijar un número extraordinario de vehículos, las estaciones de ferrocarril, el nuevo concepto de los establecimientos hospitalarios, provenientes de la gran transformación de la medicina y de la higiene, los edificios dedicados al deporte; todo ello obligó ciertamente al uso de otros medios y de su correspondiente lenguaje arquitectónico. Si la gran arquitectura histórica fué casi exclusivamente monumental, ésta, enteramente utilitaria o de carácter inédito, habría aparecido para un hombre del Renacimiento como arquitectura menor, apenas digna de llamarse arquitectura. Es la arquitectura que no se encuentra en los tratados de los clásicos ni en las historias

2. Este Ayuntamiento de Aarhus no es, ciertamente, un monumento representativo inspirado en viejos tópicos. Con lenguaje natural y sencillísimo se ha expresado estructuralmente un contenido interno.



3. La casa-monumento, al servicio de la especulación y de los complejos del cliente.



donde se aprende tan sólo la arquitectura monumental. En términos claros, la doctrina racionalista hace una revisión a fondo de todos estos problemas y procura emanciparlos de una posible injerencia del viejo repertorio arqueológico.

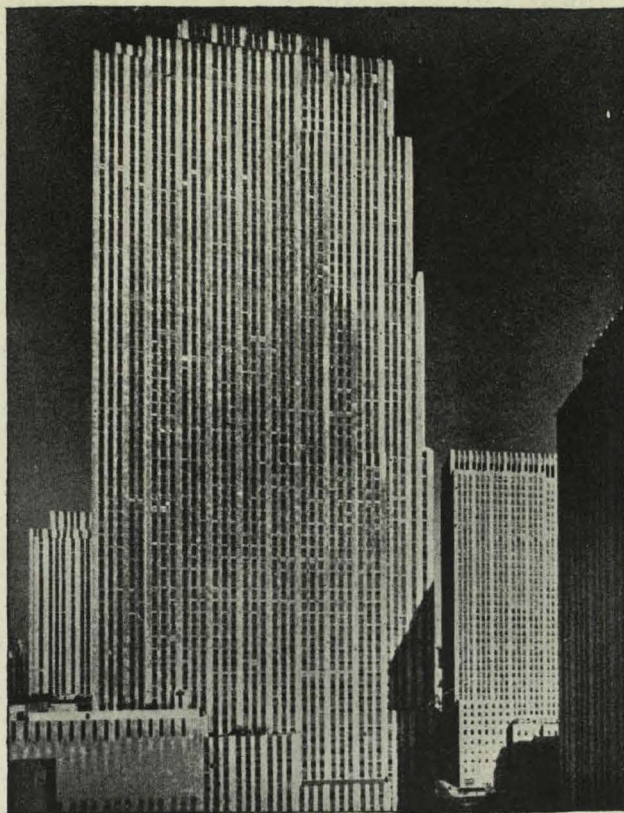
Después de una afirmación universal del movimiento moderno, el problema de la arquitectura monumental ha experimentado un curioso giro, que, por otra parte, era lógico esperar. El problema se ha invertido, en el sentido de que, no pudiendo prescindir de una oportuna arquitectura monumental, se haya sentido la necesidad de buscar un nuevo lenguaje, expresado en términos vivos. El edificio religioso, el monumento propiamente dicho y el edificio representativo responden a una necesidad que tiene su centro en profundos estratos del alma colectiva. Son problemas que responden tanto a lo existencial como a la esencia intemporal del hombre. Vinculan la creación material al sentimiento del más allá, a una conciencia de época y de agrupación, son alusiones al futuro. Como el instinto de conservación de la especie, el sentimiento de continuidad, tanto material como emocional, es espontáneo en la especie humana, ya sea legando al futuro testimonio perenne de acontecimientos históricos o a la memoria de personajes ejemplares, ya sea conservando aquella arquitectura del pasado que, en términos históricos, tenga un valor equivalente.

Las dificultades para encontrar un sincero lenguaje monumental se deben principalmente a contenidos contradictorios de la cultura moderna. Cuanto más se avanza en el sentido de la erudición, de la conciencia del pasado, más se sumerge la arquitectura en el seudomonumental que representa toda la arquitectura del siglo pasado que no fuera pura construcción o síntesis de construcción y plasticidad, técnica más arte puro.

Nuestra concepción de la vida no es estática, sino dinámica. Según Gropius, «la monumentalidad en el pasado fué el símbolo de una concepción estática del mundo». Además, las generaciones que construyeron los grandes monumentos históricos no sabían que hacían monumentos. Alguien ha sugerido que la creación monumental es casi siempre inconsciente en su propia época, y que cuando existe el propósito deliberado de legar un testimonio al futuro mediante una obra arquitectónica, aparece el seudomonumentalismo.

De ahí que la mayoría de los monumentos levantados en la época moderna, desde el eclecticismo hasta nuestros días, aparezcan como estéticamente dudosos, no ofreciendo otro valor que el efectivamente histórico de los simbolizados. Por este mismo motivo, nadie podría afirmar a la ligera que ciertos edificios de línea y concepción enteramente modernas, contruidos sin ningún propósito monumental, pueden tener efectivamente este mismo carácter para las generaciones futuras.

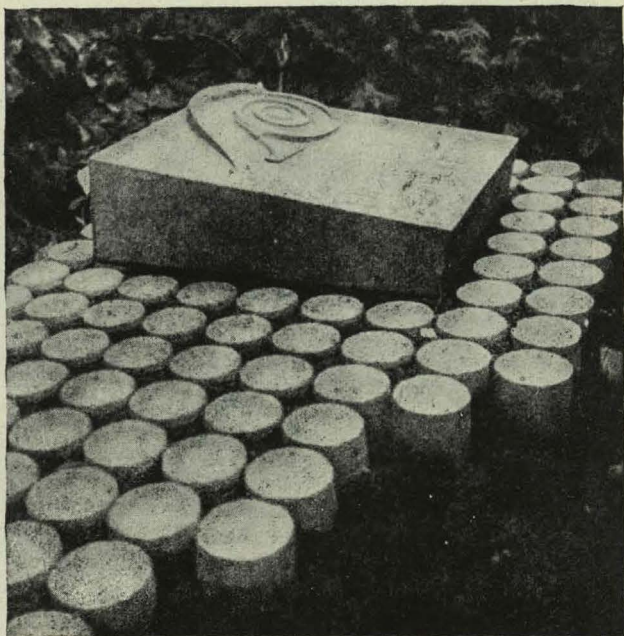
Otro interesante aspecto es el prejuicio persistente en nosotros sobre el concepto de monumentalidad, procedente de la sugestión romántica de las ruinas, y del sentido agónico que surge entre la acción creadora del hombre y el demoledor proceso del tiempo y de los elementos naturales. La consecuencia es el sentido lapídeo, estereotómico, a que va asociada la concepción de un monumento, aparte de la natural aspiración a la perduración que debe solicitarse de la materia. Este es, sin duda, el concepto occidental, el de la cultura clá-



4. Un centro cívico a escala de la mayor ciudad del mundo. Nueva York, Rockefeller Center.

ica. Si pensamos que en otros países y culturas—por ejemplo, en el Japón—existe una gran arquitectura monumental en madera, bellamente labrada y lacada, anterior a nuestra arquitectura románica, y en perfecto estado de conservación, con mayor motivo nos es lícito pensar que el futuro pueda valorizar como materia monumen-

5. Esta tumba de un arquitecto, Uno Ulberg, obra de Alvar Aalto, es un ejemplo de pureza formal y de exacta limitación al tema y a los recursos plásticos.



tal las actuales estructuras en hierro y hormigón, teniendo particularmente en cuenta la superior duración de estos materiales en relación a la piedra.

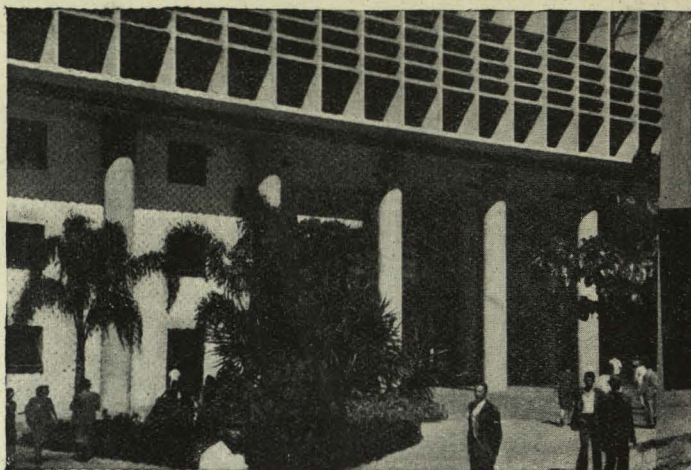
Es a través de la adherencia de la obra arquitectónica con la realidad sustancial de un país como mejor cumple la arquitectura su misión cultural, expresiva y representativa. Es lo que mejor nos explica el nivel de vida de sus habitantes, la eficacia técnica y también el sentido moral que el hombre atribuye a la vida, la predisposición anímica de la raza.

Entre la arquitectura monumental y arquitectura representativa existen íntimas conexiones, susceptibles además de peligrosos equívocos, que conviene discriminar oportunamente. Algunas veces procederán de antihistóricas interpretaciones del carácter monumental de los edificios representativos del pasado. Otras veces serán consecuencia de un arte-propaganda que exagera la verdad, cuando no la deforma convenientemente, en cuyo caso es difícil hablar de arquitectura y de estilo.

En oposición a los atributos de perennidad en el concepto, en la forma, en la materia, en la armonización con la expresión geológica o el lugar geográfico, gran parte de la arquitectura moderna ha tenido que desarrollarse en el escenario monótono y convencional de las grandes ciudades. Ambitos arquitectónicos más efímeros y banales que orgánicamente elásticos, han surgido de la fluente variedad de la vida ciudadana.

La arquitectura comercial, el café, el hotel, la sala de espectáculos lleva fatalmente a una preponderancia decorativa, a la moda ornamental. Resulta campo abonado por el neodecorativismo irresponsable, para quien oscile inseguro entre la arquitectura, la pintura y la escultura, luciendo particulares habilidades, con un ojo puesto en el público y otro en el arte. De antemano se aceptan sistematizaciones, juegos de formas, colores, iluminaciones, calidades y materiales que en poco han de sobrevenir a la prevista amortización del negocio que representan, que fatalmente han de sustituirse a plazo no muy remoto por otros más nuevos y sensacionales. Y éste es, en realidad, el espacio donde se proyecta la mayor parte de la vida social de nuestro tiempo.

La arquitectura representativa en el mundo actual ha tenido ocasión de manifestarse, aunque en el aspecto predominantemente técnico y comercial, y esto es tam-

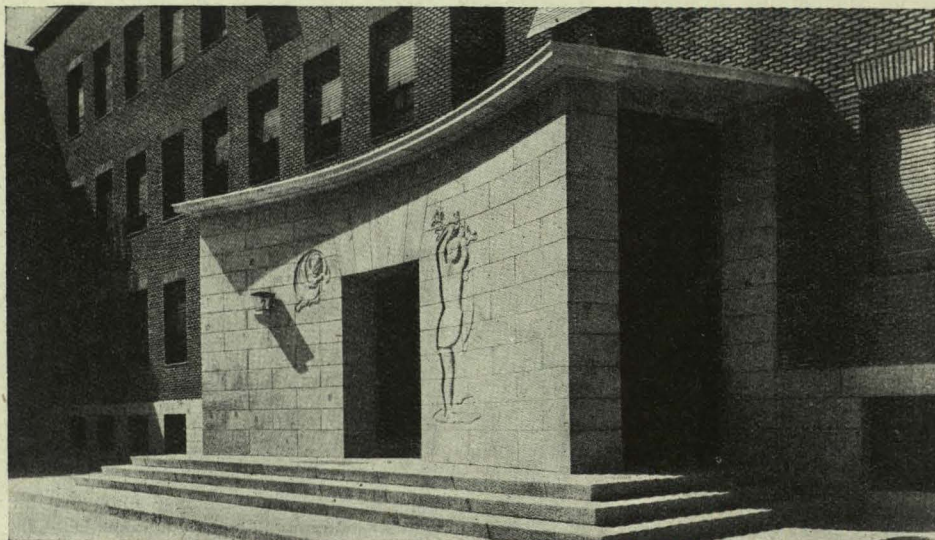


6. Niemeyer y la Academia racionalista en el Brasil han hecho posibles, con medios y audacia extraordinarios, los sueños teóricos elaborados en Europa. Río de Janeiro, Ministerio de Educación Nacional.

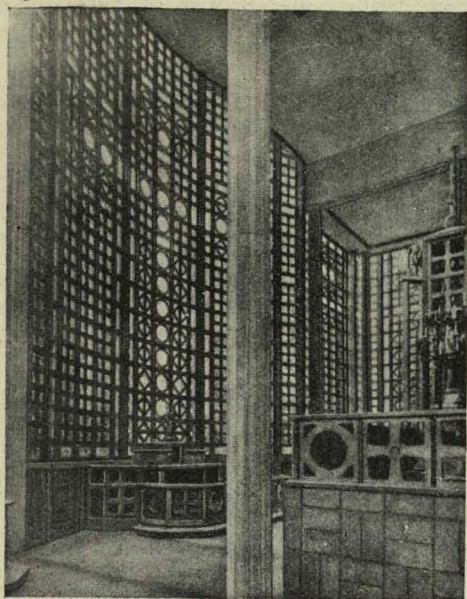
bién significativo, en la concurrencia de los diversos países a las Exposiciones internacionales. Estas organizaciones, que se iniciaron ahora hace cien años y como consecuencia del interés directo y creciente de los gobernantes en los problemas económicos, proporcionan trascendente documentación arquitectónica para el análisis y evolución del movimiento moderno.

En la confluencia estilística del edificio utilitario de carácter colectivo y la expresión monumental, nuestra atención crítica se dirige al edificio representativo, sea o no oficial.

En este caso, hemos de esperar en particular aquella suprema virtud que es la modestia. No se trata de que sus dimensiones estén o no a escala humana o de un presupuesto más o menos amplio, sino de una justa proporción en todos los aspectos. Más cerca de sus límites estará, por ejemplo, una obra como el Ayuntamiento de Aarhus, de Arne Jacobsen y Flemming Lassen, en que la nota realista de las oficinas administrativas y la oficial del salón de sesiones, recepciones, etc., han sido perfecta y espontáneamente armonizadas. O este sobrio y correctísimo Instituto de Optica, de Fisac, inteligente



7. No es necesario recurrir a las «dimensiones sobrehumanas» ni a la retórica arqueológica para lograr la monumentalidad; basta con unos huecos bien proporcionados y dispuestos. Madrid, Instituto de Optica, de Fisac.



8. Interior de Nuestra Señora de Raincy, de C. y A. Perret, trasposición en hormigón armado del concepto de la «Sainte Chapelle». La preocupación constructiva frente a la busca de una auténtica expresión religiosa.

9. Las ruinas del mundo clásico fueron motivo de sucesivas interpretaciones. La última, románticoneoclásica, tema pictórico, literario y de infinidad de grabados, influye de manera desviada la creación monumental del ochocientos. El arco romano de Bará en la provincia de Tarragona, según una litografía romántica.



adaptación del espíritu del nuevo empirismo escandinavo a la tradición castiza del muro de ladrillo rojo. Será seguramente éste el buen camino, el de una modestia llena de responsabilidad, y no el del edificio, recientemente inaugurado, de la Embajada británica en Río, concebido dentro del molde de un estilo colonial intrascendente, en regresivo contraste con la atmósfera renovadora de la joven arquitectura brasileña.

Un tipo de edificio moderno, que probablemente será considerado en el futuro como monumental-representativo, es el rascacielos, más por su significado que por su tamaño. En él se integran factores de época muy definidos: romanticismo técnico, publicidad, calidad representativa. Su proceso de desarrollo ha sido objeto de miméticas asimilaciones, hasta llegar a afirmarse en un léxico propio. Desde los primeros edificios de Chicago, superposiciones de la técnica inicial del hierro laminado con el repertorio figurativo del cuatrocientos italiano, o la introducción del concepto de torre en el proyecto de Saarinen para el *Chicago Tribune* o el Rockefeller Center, hasta el triunfo de las teorías puristas de Le Corbusier y Ozenfant, del volumen puro, en el Ministerio de Educación Nacional de Río y el edificio de la O. N. U., el rascacielos ha seguido un proceso de liberación de todo historicismo hasta incorporarse en términos autóctonos a la historia de la arquitectura monumental.

Como las viviendas-rascacielos de «La Ville radieuse», estos grandes primas de cristal, «brillando en el espacio como diamantes», simbolizan el triunfo de ideas estéticas que hace veinte años fueron revolucionarias y experimentales—y en cierta manera utópicas—y que hoy, en el acmé de su línea evolutiva, coinciden con la aparición de un nuevo espíritu. Estos edificios explican mejor el «ismo» de que proceden, su belleza abstracta, que al hombre contemporáneo.

Esta insuficiencia responde a contradicciones fundamentales que forman parte del drama interno de nuestra época, que fraccionan y limitan el pleno desenvolvimiento de la personalidad humana. Hemos de pensar que en muchos aspectos no somos más que los primitivos de la civilización moderna. Las mejores condiciones para la creación monumental han correspondido a épocas en que fué posible una unidad general de la cultura. No tuvo el artista o el intelectual que librar una lucha contra la corriente para imponer el mensaje de su nueva concepción de la vida, como ha ocurrido con el mundo moderno. Así como Grecia entera, por ejemplo, canta con Homero, sus grandes formas estéticas coinciden con las espontáneamente populares, y está identificación, que se evidencia en la Grecia heroica, la Roma de Augusto o en el Cristianismo medieval, representa el lado opuesto de aquella complejidad y alta diferenciación que caracteriza la cultura presente. El problema de la expresión monumental, como el de la humanización de la arquitectura y del urbanismo, o en términos más amplios, el de la humanización de la cultura científica y maquinista, es inmediato al problema nuclear del hombre moderno. La aceptación universal de unas ventajas técnicas, de una sistematización similar, no comporta aún la debida correspondencia con su fondo emocional. Para llegar a esta necesaria unidad cultural se precisan una síntesis y una asimilación que requieren su tiempo para realizarse.